

apóstol; y á Júdas, de apóstol, permite que pare en porqueron para prender á Cristo, y al cabo se aborrece. Pues diréisme que hay mas méritos en el uno para ser amado, y mas deméritos en el otro para ser aborrecido. Podría llevar eso algun camino si la predestinacion ó reprobacion la aguardase Dios para después de nacidos estos hombres, y mirando á sus obras, los predestinase; mas sale san Pablo escribiendo á los romanos, y dice: «Aun estaban Esaú y Jacob en las entrañas de Rebeca, aun no eran nacidos, aun no habian obrado mal ni bien; y con todo eso, porque se cumpliese el intento de Dios y la eleccion que habia hecho, no por sus obras, sino por sola la voluntad del que llama, que es Dios, se dijo: «El mayor servirá al menor, como está escrito: A Jacob amé, y Esaú aborrecí.» Añade luego san Pablo: «¿Qué dirémos á esto? ¿Por ventura que se muestra Dios apasionado? ¿Que hay maldad en Dios? No, no, á Moisen le dijo: Tendré misericordia del que me apiadare, y seré clemente para quien me pareciere. Luego no es del que corre ni del que quiere esta presa de la gloria, sino de aquel de quien Dios tiene misericordia.» El Apóstol teje una larga disputa con los romanos sobre averiguar este punto de honra, y abonar á Dios porque, desechando á su pueblo, habia admitido la gentilidad á su Iglesia. Y disputa galanamente cómo en hacello así, ni Dios queda por injusto, ni su pueblo puede quejarse de que se le hace agravio. A este propósito trae lo del ollero, á quien le es lícito hacer de su masa el vaso que le parece, y de una pellada hace un plato que sirva á la mesa y esté limpio en el aparador, y de la misma masa hace una olla que se entizne y que me al fuego en la cocina. Cierta está que esta masa toda es una; no vió el ollero mas méritos en el pedazo de que hizo el plato que en el que gastó en la olla, sino solo que quiso hacello así. Pues ¿podráse quejar la olla y acusar al alfarero porque la hizo para la cocina? Por cierto no. Luego mucho menos podrá quejarse el hombre de Dios porque no lo predestinó para el cielo. Y viéndose metido en este golfo y abismo, ya que le parece que ha perdido el pié y llega el agua al cielo, exclama: «¡Oh alteza de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprendibles son sus juicios y qué dificultosos de hallar sus caminos!» Vánsenos de vuelo los juicios de Dios. De manera que se remite san Pablo á los consejos oscuros de Dios, cuya ciencia cerró para sí, y se nos alzó con la llave. Muchas pecadoras habia en Judea sin la Madalena, y á ninguna hizo la merced que á ella. Es lo que el Señor dijo á los judíos de Naaman Siro: «Muchos leprosos habia en Israel; mas ninguno sanó sino un gentil, y muchas viudas habia en tiempo de Elías, y á ninguna dellas fué enviado sino á la pobre Saretana.» Así que, espanta ver cuántos señores, cuántos ilustres habia en Jerusalem, cuántos doctores en la Sinagoga, cuantos pontífices en el templo, cuántos poderosos y ricos se paseaban por las plazas; qué de reyes, emperadores y príncipes tenia el mundo cuando nuestro Redentor se hizo hombre; y dejándolos á todos por lo que su Majestad se sa-

be, escoge doce pobres pescadores desharrapados, las heces y la vasura y escoria del mundo. Y destes doce, «escogidos á tajador» (que suelen decir), dados por su mano, criados á sus pechos, hechos á su doctrina, mantenidos á su mesa; el uno de ellos se lo vendimia el demonio en agraz, y dice el Señor: *Nonne duodecim vos elegi, et unus vestrum diabolus est?* Yo (dice) ¿no soy el que os escogí, y con todo eso, el uno de vosotros es un diablo? ¡Oh secretos grandes de tu profunda sabiduría, Dios mio y Señor mio, cómo hacen temblar al mas confiado y acobardan al mas animoso! Veo, Señor, que llamas á Salomon *tu regalo*, háceslo tesorero; tú de sabiduría mandas que te edifique un templo; y no lo llevas cuando te hace tales servicios, y llévasle cuando adora ídolos, cuando les edifica templos, cuando se casa con mujeres idólatras. Veo, Señor, á Júdas, que vuelve alegre con los demás discípulos, y dice: «Señor, en vuestro nombre aun los demonios nos obedecen;» y no le llevas cuando hace milagros, cuando dice con san Pedro: «¿Adónde irémos, Señor, que tienes palabras de vida?» Y aguardas y le arrebatas cuando te ha vendido y se ha echado en el infierno. Júdas cae del apostolado y se condena; y el ladrón, boqueando en la horea, con la candela en la mano para dar el alma, diciendo ya el «credo en este que tengo al lado», salva; Saul, que no habia mejor alma en todo el pueblo de Dios, eléjido en rey de Israel, de pobre hijo de labrador, es desechado, y un Mateo, cambiador ó trampeador, es el escogido. ¿Qué son estos, Señor, sino piélagos inmensos de tu sabiduría, á do no es menester entrar si no nos queremos anegar? Es tu secreta predestinacion de las ovejas que tú dices por san Juan que nadie te las quitará de la mano. Acuérdomé que me contó un religioso siervo de Dios, que habia estado en la Nueva-España, un caso en que mucho se descubre la certeza de la predestinacion divina; y fué, que estando en un monasterio de nuestra sagrada religion, á dos ó tres leguas de allí, estaba una hija de un cacique, que es como un caballero que acá llamamos. Esta habia estado amancebada ocho ó nueve años; y como allá los religiosos son los curas, y andan á visitar los lugares y predicacion en ellos, fué nuestro Señor servido de mover el corazon desta perdida-moza. Y á cabo de pocos dias, que debió de tardar en hacer memoria de sus pecados, concierta con otras doncellas amigas suyas que se vayan holgando y tañendo sus adufes y panderos por una ribera abajo; y desta manera las llevó dos leguas que habia de donde partieron, hasta el monasterio donde este religioso vivia. Llegando allí, pide que se quiere confesar; y para esto sale este religioso. La mujer confesó muy por entero y con muchas lágrimas todos sus pecados; y habiéndola amonestado y corregido el confesor, y dándole penitencia y acetádola, acabando de absolvella, reclinó la cabeza sobre las rodillas del confesor, y da el alma á Dios y quedase muerta. ¡Oh buen Dios! y ¿qué secretos son estos tuyos? Dime, espantoso Dios, ¿qué te iba á tí en esta alma, que la esperaste ocho años, disimulabas sus pecados, dejábasla revolver en un cieno de torpezas abominables, y haciaste ciego?

Y tú, Dios mio, con tu sabiduría aguardabas á poner tu mano en la cura, á sazón que fuese de mas provecho. Y al cabo, cuando á tí (Médico soberano) te pareció que era tiempo, la llevaste presa con un lazo de tu amor; y en oyendo el *Ego te absolvo*, como si tuvieras miedo de perdella otra vez, la arrebatas y das con ella en tu santa gloria; y veo por otra parte, Señor, que otros, después de muchos años de yermo, después de muchos ayunos y penitencias y soledad, los dejas por lo que tú, mi Dios, te sabes, y al cabo se condenan. ¿Qué diremos á esto, sino dar voces con san Pablo y decir: «Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprendibles son sus juicios, y qué dificultosos de hallar sus caminos!» He dicho esto á propósito de la conversion de la gloriosa Madalena, que tuvo Dios por bien de hacelle esta merced tan particular, y dejó á otras muchas pecadoras en sus pecados; y desto lo mejor es, no buscar razon, sino reverenciar y adorar sus juicios. Una sola cosa diré, y es, que hallo una diferencia en los pecadores, que me parece que no puede nacer sino de la predestinacion; esto es, de ser el uno predestinado y el otro reprobado. Hallaréis unos pecadores que, aunque lo son, pero en medio de su mala vida, tienen un no sé qué, un resabio, un semblante de predestinados y de hijos de Dios, un respeto á la virtud, un asco al vicio, un pecar con miedo y andar amilanado, un aquesta vida no es para mí, no me crié yo en esto; al fin no parece que se les pega esto del pecar. Veréis otros pecadores tan de asiento, que pecan tan sin cuidado como si les fuese natural, gente que pecan á sueñouelto, tan desmedrosos para los vicios, que no aguardan á que los vicios los acometan á ellos; antes ellos les salen al camino y los acometen. Estos son de quien dijo Elifaz Temanites, el amigo del santo Job: *Qui bibunt quasi aquam iniquitatem*; que beben las maldades como si fuesen agua. Dijo muy bien. No dice que comen, porque parece que lo que se come cuesta algo de mascarse, y á lo menos repárase en el bocado; mas lo que se bebe pásase fácilmente y sin sentirlo. Pues esto quiere decir Elifaz, que hay unos pecadores que pecan comiendo los pecados, esto es, reparan en ellos y rumian en el mal que hacen y reparan en él; estos son los que decimos que se les trasluce en el rostro que deben de ser de los predestinados; mas hay otros que pecan tan sin asco y que se tragan los pecados sin mascar, como quien no hace nada, que parece que ya dan muestra de su perdicion. Acoece que un hijo de un noble se va de su tierra, y por algun desastre viene en tanta necesidad, que ha menester asentar con un villano para no morir de hambre; estará arando, y allí entre el arado y la azada y las herramientas del oficio bajo le echaréis de ver en el semblante que nació para mas de lo que tiene; y el otro hijo del villano, entre ellas mismas se halla tan bien que le conoceréis que se nació allí; y por el contrario, vestí de seda y bordados á un zafio, y parece que no le asientan los vestidos, ni nació para ello. Pues lo mismo que hallamos en la naturaleza, esto es, la misma diferencia se halla en las cosas de la gracia. Esto se echó

de ver muy bien en san Pedro, que aun entre los ministros de maldad tiene unos resabios del apostolado, donde se habia criado, que, negando que no conoce al Señor, jurando y perjurando, no halla en qué le crean. Oia la Madalena sermones de Cristo, que tenia palabras vivas, gustaba de seguirle, y por allí la saca Dios. No hay ninguno, por perdido que sea, que no le quede un resquicio por donde Dios le saque de la boca del demonio, si él quiere ayudarse. Quedóle á la Madalena, en medio de la perdicion, esto solo de aficionarse al predicar de Cristo, que tenia palabras encendidas: *Nonne verba mea sunt quasi ignis comburens, et quasi malleus conterens petras?* Dice el Señor por Jeremías: Mis palabras son como fuego, porque encienden los corazones, consumen todo lo terreno que tienen, y renuevan y apartan una alma y la acrisolan, y le gastan las heces y escoria de los vicios, «y son como maza de hierro, con que se desmenuzan y quebrantan los peñascos;» porque rompen los corazones de guijarro y berroqueños, y los deshacen en penitencia.

§. XVI.

Mas, aunque me parece que para materia tan alta, y que el juicio humano barrunta tan poco della, bien bastaba lo dicho; con todo eso, son los gustos humanos tan mal contentadizos, que huelgan de escarvar, y si pudiesen llegar al cabo en las cosas en que ven mayor dificultad. Y no miran lo que allá dijo el otro:

*Dum petit infirmis nimium sublimia pennis
Icarus, Icarias nomine fecit aquas.*

Que vuelto á nuestro lenguaje dice así:

Mientras con flacas alas alza el vuelo
El mal regido jóven en su daño,
Y con lacivo juego rompe el viento,
Gozoso de cortar el trasparente
Y lucido elemento de las aves;
Algo mas confiado que debiera,
Pasaba con un curso presuroso
Sobre las puras ondas cristalinas,
Que á la sazón estaban cosegadas.

Y mientras menos cauto se levanta,
Imitando á la armigera guerrera
Aguila, que los rayos le ministra
A Júpiter airado allá en el cielo,
A la region ardiente se acercaba,
No hecha para trato de mortales.

El fuego comenzó á hacer su oficio,
Y á depretir la cera mal segura;
Y las ajenas plumas, desatadas,
Cayeron esparcidas por las ondas.

Ya el miserable jóven sacudia
Con desplumados brazos el delgado
Elemento, y en vano procuraba
Sustentar el pesado cuerpo en alto.

Al fin, cayendo en las profundas aguas,
De ninfas y nereides recibido,
Bajando á sus moradas cristalinas,
En columnas de hielo sustentadas,
Dió nuevo nombre al mar, y fué llamado
Icario, por ser *Icaro* su nombre
Del mal logrado mozo.

Así les acaece á muchos, que, queriendo levantarse á la especulacion de las cosas soberanas, caen en muchos inconvenientes. Por eso aconsejaba Salomou: *Attiora tene quaesieris, et fortiora te ne scrutatus fueris: sed quae praecepit tibi Deus, illa cogita semper, et in pluribus operibus ejus ne fueris curiosus*; No busques, hijo, ni te canses en escudriñar las cosas altas y que son mas fuertes que tú. Dijolo bien; porque, como dice Aristóteles, el sentido y lo sensible se han de proporcionar, y *excellens sensibile laedit sensum*. Si el objeto es fuerte, daña la potencia del sentido, como lo suele hacer el estruendo y furia de la artillería y los poderosos truenos, que dejan á un hombre sordo; tambien el sol deslumbra y daña la vista con la vehemencia de su resplandor. Así lo hace la gran luz divina, que encandila los ojos de nuestro entendimiento con la pujanza de sus rayos; y por eso dice el Sabio que no escudriñemos las cosas mas fuertes que nosotros; porque, *Qui scrutator est majestatis, opprimetur à gloria*; El que escudriña la majestad de Dios será oprimido con la demasiada gloria. Y con todo eso, los que han leído esto que hasta aquí he dicho de la predestinacion, no quedan contentos, y dicenme que diga esto mismo algo mas extendido y claro, de suerte que tengan algun consuelo los escrupulosos, que dan en un desatino de si están predestinados ó no. Y como nos dice san Pablo: *Gracis ac barbaris, sapientibus et insipientibus debitor sum*; Soy deudor, dice, á griegos y á bárbaros, á sabios y á ignorantes, para enseñarles á todos. Así, ya que no soy san Pablo ni tal que pueda enseñar á nadie, con todo eso, quiero condescender con lo que se me pide, y decir esto mas de propósito; aunque sé que después de muy dicho y muy pensado, tampoco quedarán contentos. Comencémoslo pues así: veamos qué razon hay para que á una Magdalena pecadora, infame, perdida y sin nombre, la traya Dios á sí, la llame, la lave, la alabe y justifique, le dé la gracia y la salve, y deje á otras mujeres, que habria entonces y hay agora, menos ruines, no tan profanas, mas honestas, y que han pecado tanto menos. Porque, siendo las unas y las otras pecadoras, y por la misma razon todas enemigas, y que la justificacion no se puede merecer por algunas obras; porque, como dice san Pablo: «Si por las obras se justificase alguno, ya entonces la gracia dejaria de serlo;» y en otro lugar: «Al que obra, dice san Pablo, el salario que se le da por la tal obra, no decimos que se lo dan de gracia, sino de justicia, y que es deuda que se le debe.» Usó aquí el Apóstol de la fuerza deste término, *gracia*, como si dijera de balde y sin merecello. Como decimos: «Hanme dado esta pieza de balde, porque no me han llevado nada por ella.» Y no toma este término por alguna calidad positiva que se llama *gracia*. Pues si la gracia con que se habian de justificar las pecadoras de quien hablamos no se puede merecer, y tan poco mérito tenia la Magdalena como las otras, y por ventura menos, antes ninguno y muchos mas deméritos, ¿qué es la razon que la atrae y la justifica Dios, y se deja á las otras? Y ¿por qué salva á un ladrón que está

ya boqueando para espirar y con la candela en la mano, diciendo el «credo en este que tengo al lado», y de la horca da consigo de piés en la gloria, y á Júdas le condena, y de la mesa da en la horca, y del apostolado para en el infierno?

Para este secreto tan alto digo que lo pudiera tratar como lo platican los teólogos en las escuelas; mas fuera cosa prolija y oscura, y no buena para andar en manos del vulgo. Y así, no trataré aquí de la predestinacion ni reprobacion que Dios hace de los hombres, sino solo de la justificacion y del dejar á uno en su pecado; y esto, con la modestia que se debe á misterios que con su carga han hecho gemir á bravos gigantes debajo de su peso, y muchos sabios y doctores famosos han sudado con la gran carga; y en pocas ó en ninguna parte se yerra con mas peligro. Digo pues que todos los santos doctores concuerdan en que Dios por su mera y libre voluntad determinó de salvar hombres y de dallas los medios necesarios para conseguir este tal fin de salvarse. Y para esto no tuvo respeto á los méritos ni á las obras de alguno dellos, sino que por eso dijo san Pablo: «Dios quiere que todos los hombres se salven;» porque no es envidioso, y no parece que era conforme á la buena condicion y gran piedad de Dios criar algunos, no á fin de salvarlos, sino de reprobarlos, sin haber en los unos mas méritos ó deméritos que en los otros, y dar ser á quien no lo tiene para de intento condenarle; con que dice el mismo Señor en el Evangelio que «le fuera mejor á Júdas nunca haber nacido, que ser y condenarse». Parece crueldad, y que puede decir á Dios: Señor, ¿qué os habia yo hecho para que antes que viésedes pecados en mí, dijésedes: Este quiero para el infierno? Lo cual no se ha de pensar de la infinita bondad y piedad suya, que es mas pronto para perdonar que para castigar, aun después de ofendido, cuanto mas antes de ofendelle. Ahí pecaréis uno y muchos pecados, un año y otro, y hay paciencia en Dios y espera para eso y esotro; pues ¿cómo me querrá señalar para el fuego, sin habérselo merecido? Y si determina de condenarme, es porque ve en mí una final impenitencia que yo le pondré, con la cual le impediré la infusion de la gracia final que me habia de dar para salvarme. Porque, como dice mi padre san Agustín: «Dios no mira cuáles somos agora, sino cuáles serémos al fin de la vida; porque, cuáles entonces nos hallare, tales nos juzgará;» como dice la regla de las leyes, que sial fraile le hallan en hábito de soldado, por soldado lo cuenta la ley. Anteviendo Dios que Júdas al cabo de la vida no habia de admitir la gracia ni ablandarse con aquella dulcísima y quejosa palabra del mansísimo cordero la noche de su pasion, cuando, besándole en el rostro, le dijo: «Amigo, ¿á qué viniste?» Y luego á Júdas: «¿Qué! ¿Con un beso de paz vendes al Hijo del hombre?» Viendo Dios esta su final impenitencia, y que habia de morir en ella y de su voluntad, escogiendo una horca en que acabase, por esto le reprobó; porque, como habemos dicho, mira solamente á lo que serémos al cabo de la vida. Por esto en el Evangelio nos manda con tanto cuidado «que

velemos, que no nos durmamos, que estemos faldas en cinta». Así nos lo aconseja y aun manda por san Lucas, diciendo: «Mirá que andeis ceñidos, ponéos los cintos;» como si nos dijera mas claro: «Mirá que es tiempo de guerra,» y que *militia est vita hominis super terram*. La vida del hombre no es otra cosa sino una continua batalla que tenemos mientras vivimos, y se acaba con la muerte; el campo donde se da es este mundo, los soldados son todos los hombres, los enemigos son los vicios y el demonio, mundo y carne; lo que se conquista es el cielo, y quien le gana es el que pelea como valiente. Pues el soldado no peleará bien con faldas largas; por eso mandaba el Señor dejar la hacienda, la honra, los hijos, la mujer, el padre, madre, hermanos y aun á nosotros mismos; porque, ¿qué otra cosa son las que habemos nombrado, sino faldas que nos vamos pisando, y que nos arrastran y embarazan para la batalla? Y de aquí nace que, así como el soldado que mas larga ropa llevase menos bien pelearia y menos correria, y mas ligeramente tropezaria y caeria, y le matarian sus enemigos; y por el contrario, el mas faldicorto estaria mas desembarazado y suelto, y pelearia mejor y venceria con mayor presteza; así, ni mas ni menos, los ricos y poderosos, como van cargados de faldas de hacienda, de estados, de honra y ambicion y de muchos contentos, cuando quieren arremeter á la batalla pisanse la falda larga de la hacienda, y háceles dar de narices en la avaricia; y el otro tropieza en la falda de los hijos, y cae de ojos en la tiranía por dejar á sus hijos en estado y grandeza, y así de todo lo demás; pero el pobre tiene cercenadas las faldas, sin hacienda, sin amigos, sin ambicion y sin estado; corre, pelea, vuela y pasa por las cosas de la vida, triunfando del mundo y de cuantos hay en él. Por esto dice Cristo: *Sint lumbi vestri praecincti*; Mirá que andeis bien ceñidos. Y es lo mismo que si dijera: Mirá que profeséis la milicia, pues el soldado no ha de dejar las armas mientras dura la batalla. Tomó el Señor la metáfora de lo que entonces se acostumbraba en la guerra, que los que se asentaban debajo de bandera, así como agora los españoles traen la banda de carmesí y los franceses la blanca, y conocémos en su traje que son soldados, así entonces se echaban ó ceñian el *balteo militar*, que llamamos el cinto ó tahelí, en señal que profesaban las armas y tiraban sueldo del emperador romano ó de otro rey. Y cuando ya cansados de la milicia, que se habian envejecido en ella, querian retirarse en su rincón y descansar en su vejez, desceñianse el cinto ó tahelí en señal que renunciaban á la milicia y armas, y quedaban libres del homenaje que prometian al capitán cuando se ceñian. A este talle dice Cristo que nos ceñamos, esto es, que profesemos la guerra. Y así como sería traicion que estándose dando la batalla el soldado se sentase muy despacio y arrollase las armas y se echase á dormir sobre ellas; así, lo es mucho mayor que mientras dura la guerra desta vida, el cristiano arroje las armas de su pelea y se duerma en el camino de la penitencia. Y como merecia gran castigo el soldado que á lo mejor y mas fuerte de

la batalla, y cuando mas sangre se derrama y mas gente cae de entrambas partes, entonces llegase él al capitán que está lleno de sudor y polvo y sangre, y se desceñiese el cinto y le dijese: Señor, tomad vuestro tahelí que me distes, que no le quiero, y levantadme el homenaje que os hice; y diciendo y haciendo se desceñiese; así tambien el que, viendo á su capitán Cristo en una cruz, sudando, cansado, sangriento y muriendo, llegase á no querer pelear y se desceñiese, esto es, no siguiese á Cristo, este tal es digno de grandísimo castigo. Pues porque no se llegue á tan descuidado término nos manda el Señor estar siempre ceñidos, y da la razon, diciendo: Bienaventurado el soldado que cuando el capitán mandare tocar á retirar, que ya es acabada la batalla, le hallare ceñido, esto es, peleando y con armas en las manos; porque, como le ha de juzgar como le hallare al punto último, si le hallare ceñido darle ha el triunfo y el premio del vencimiento; pero si dormido y desceñido, castigalle ha como á mal soldado, porque dejó el cinto antes de acabar la guerra. En el tercero libro de los Reyes se descubre cómo ceñir y desceñir el tahelí ó cinto, que en latin se llama *balteus militaris*, era proprio de soldados, y que el ceñille era profesar la milicia, y el desceñille era después de acabada la guerra. Cuenta la Escritura que Benadab, rey de Siria, determinado de hacer guerra á Acabel maldito, rey de Israel, hizo un poderosísimo ejército; llevaba consigo otros treinta y dos reyes, que no se ha de entender que lo fuesen como lo son los de agora, pues poca tierra era la que tenían para tanto rey, y allende deso, no es conforme á razon que tantos reyes se moviesen de sus reinos á acompañar á uno solo; sino que eran señores libres, como son los de Alemania y Italia. Y desta manera se entienden los treinta y uno que mató Josué en la conquista de la tierra de promision; porque toda ella junta, cuanta todos los treinta y uno señoreaban, apenas hacia un buen reino. Pues dice fray Brocardo, teutónico, el cual paseó la tierra de promision diez años y escribió en ella el año de 1583, que su anchura es desde el Jordan al mar Mediterráneo, por veinte y seis leguas; su largura desde Dan, junto á las raíces del monte Líbano, cabe Cesárea de Filipo, hasta Bersabé, que es Giblin, hácia el ábrego, tiene ciento y veinte leguas; esta es la que se llama «tierra de Canaan». Verdad es que las dos tribus, la de Ruben y la de Gad y la media de Manasés, que fueron las que rogaron á Moisen que les diese en suerte la tierra que estaba antes de pasar el Jordan, por ser buena para ganados y por tener ellos muchos; esta tierra que estas dos tribus y media ocupaban no entra en la que habemos dicho de las ciento y veinte leguas ni en lo que se llamaba tierra de Canaan, y tenia de largo veinte y siete leguas. Y dice fray Brocardo que no sabia que tan ancha fuese. De suerte que, ayuntado lo largo de toda junta, eran ciento y cuarenta y siete leguas, que apenas hacen un mediano reino; y así, se entenderá que eran señorcetes, y no reyes como los de agora, sino como los duques y condes y marqueses de agora. Tam-

bien habemos de decir lo mismo de los santos reyes Magos, los cuales, según la larga tradición que tenemos, y según lo que los santos antiguos y la Iglesia canta y los pintores señalan, los llamamos *reyes*. Digo que no lo fueron, sino señores libres, que los persas, donde por ventura había muchos así, y los caldeos llamaban *sá-trapas*. Y no es menester tomar tan en su rigor este nombre de *rey* para los Magos, ni matarse mucho para averiguar si lo fueron ó no. Volvamos agora á nuestro primer propósito. Digo que el rey de Siria vino sobre la ciudad de Samaria, cabeza del reino de Israel, con un grueso ejército y con treinta y dos señores que le acompañaban. Llegado y asentado su real, despachó un trompeta á Acab, rey de Israel, que llegando le dijo: «El rey de Siria, mi señor, dice que bien sabeis que el oro y plata y dinero que teneis en vuestra casa, y vuestras mujeres y hijos y todo lo demás es suyo y se lo debéis de derecho; y así, quiere que sepáis que mañana enviará sus criados, y entregaldes vos todo lo que teneis en vuestra casa para que ellos escojan lo que mejor les pareciere, y lo lleven al Rey mi señor.» Turbóse bravamente el pobre de Acab, volviéndose á los caballeros que allí estaban, y díjoles: «Mirad, por vuestra vida, qué achaques busca el rey Benadab contra mí, que envía por mis hijos y mujeres y por mi hacienda. Ved qué os parece que le responda.» Concluyóse entre todos los del consejo que la respuesta fuese así: «Andad, decid al Rey que se acuerde del refrán que dice: No se jacte tanto el que se ciñe el tahelí como el que se le descíñe. Hé aquí lo que buscábamos.» Quiso decirle: No cante la gala antes de la victoria, no se glorie el que ha de dar la batalla como lo haría el que ya la hubiese vencido; porque los sucesos de la guerra son inciertos, y podría sucedelle «el sueño del perro». Hé aquí cómo por el *ceñido* se entiende el que pelea, y por el *descenido* el que ya ha alzado la mano de las armas. Y hé aquí cómo nos quiere dar á entender Cristo que, pues en este mundo siempre hay guerra, que siempre peleemos y trayamos las armas en las manos.

§. XVII.

Bien sé que también quiere decir que nos pongamos en traje de caminantes, pues es así que no tenemos aquí ciudad cuya vivienda sea perpétua, antes vamos buscando la del cielo, como lo dice el Apóstol. Y así, dice el mismo de los padres antiguos que los traía Dios peregrinando en señal de que eran huéspedes y peregrinos sobre la tierra, que caminaban á la patria verdadera. Así, cuando quiso sacar Dios á los hijos de Israel de Egipto, mandóles aquella noche, antes de la salida, que comiesen el cordero en pié, con báculos en las manos, las faldas en la cinta, calzados y puestos á punto, como gente que se había de partir y caminar á la tierra de promisión; pues este mismo aperecimiento quiere Cristo que tenga el cristiano, y que siempre esté en vela, porque no sabe en qué punto le tocarán al arma y á la puerta y vendrá el Señor á pedirle cuenta de la vida. Y dícelo por esta metáfora «de

estar ceñidos», como si dijese: Mirá que no os durmais, no os echeis á dormir, estad siempre en vela. Y que quiere decir esto vese porque el que tiene puesta la preta, vestido está del todo. Y dice luego: «Dichoso aquel á quien hallare el Señor velando, que así lo juzgará cual lo hallare en aquel punto.»

§. XVIII.

Volviendo pues á nuestro propósito, decíamos que Dios, sin tener respeto á méritos, quiso salvar hombres y darles su gracia y su gloria; mas á nadie condenar sin culpa. Así de nuestra perdición á nosotros nos carga Dios la culpa por el profeta Oséas, diciendo: «Tu perdición, Israel, solamente te nace de tí mismo, tú tomas el daño por tu mano, tú vuelves contra tí el cuchillo; mas el favor y socorro y la salvación, de mí te ha de venir.» Y si sin culpa me condenase, no podría decirnos que de nosotros nos viene; antes le pudiéramos decir: Por cierto, Señor, que no nos viene sino de vos, pues sin ocasión non hecistes para el infierno. Así dicen muchos de los teólogos, preguntando que cuál es la causa verdadera de nuestra condenación y reprobación, por la cual nos desecha Dios. Responden que no es solo el pecado original; porque, según eso, pues todos nacen con él, todos serían reprobados y se condenarían; ni tampoco los pecados contraídos con el original; porque, á ser esa la causa, no fuera predestinado san Pedro ni David ni san Pablo, pues nacieron con el pecado original y tuvieron otros actuales, sin él; sino dicen que los pecados, juntamente con la voluntad de Dios, esa es la verdadera causa de nuestro infierno. Y decláranlo así: Peca Júdas, y Cain y Esaú y san Pedro y David y Aaron; todos estos seis están en pecado y son iguales en ser deudores á un mismo señor y acreedor, que es Dios; ya estos merecen el infierno por sus pecados. Dios, como señor y como á quien todos deben, y como quien de su hacienda puede hacer lo que fuere servido, sin que nadie le pida cuenta de las obras de su voluntad, y sin que su majestad esté obligado á darla, dice: Yo quiero de estos seis, que los tres me paguen, y á los otros tres les quiero remitir la deuda. Yo quiero hacer misericordia con los unos, y no con los otros, pues á nadie la debo. Dios entonces con los unos se muestra misericordioso, con los otros justiciero, y con ninguno apasionado; así como vos con vuestros deudores lo podríades hacer, que aunque perdoneis á los unos y cobreis de los otros, no se pueden quejar de vos, pues al fin os deben vuestra hacienda, y della podeis hacer vuestro gusto. Hé aquí cómo este no acudir Dios á hacer misericordia con Júdas, juntamente con sus pecados, dicen los teólogos que es la total y verdadera causa de su reprobación ó condenación; y si alguno dijere que en alguna manera parece Dios aceptador de personas, pues siendo todos obligados á la misma deuda, la perdona á los unos y tiene misericordia dellos, y la ejecuta en los otros hasta la última blanca; á este tal respóndale san Pablo por mí, que, escribiendo á los romanos, dice: «Oh hombre, y ¿quién eres tú, que te atreves á respon-

der á Dios? ¿Por ventura dirá la olla al alfarero: Por qué me hicistes olla, y no fuente? ¿No tiene por ventura poder el ollero de hacer de su barro un vaso para honra y para que sirva á la mesa, y otro para afrenta, esto es para que se quemé en la cocina, y sirva de oficios viles? Si por cierto; pues ¿cuánto mas lo podrá hacer Dios? Añade luego el Apóstol: «Y queriendo Dios mostrar su ira (que aquí se toma por venganza) y manifestar su gran potencia, sufrió en mucha paciencia los vasos de ira acomodados para la perdición, por mostrar así las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia que preparó para la gloria, etc.» Deste lugar de san Pablo se nos pone entredicho para disputar semejantes cuestiones; porque, ¿quién eres tú, que te pongas en cuentas con Dios? ¿Ha partido por ventura contigo el imperio? Hate hecho su consultor? Calla, teme, reverencia los profundos secretos de Dios. Solo te digo, para tu consuelo, que adviertas este lugar, en el cual de callada san Pablo nos da gran ánimo para esperar nuestra salvación, que por sola nuestra culpa nos condenaríamos; porque dice que, queriendo mostrar su ira, que se toma por venganza, y en Dios al efecto llamamos con el nombre de su causa. Y así como cuando tenemos ira contra quien nos injurió, nos vengamos si podemos, y la venganza es el efecto de la pasión de la ira que tenemos; así ni mas ni menos, cuando Dios castiga y venga en nosotros las ofensas hechas á su majestad, decimos que se enoja y que tiene ira, con no haber en Dios estas pasiones. De manera que dice que quiso mostrar el rigor de su castigo. Luego síguese que presupone culpa en el castigado; y esta culpa es el pecado, que decimos que se supone para la condenación de Júdas. Dice mas, que sufre con gran paciencia los vasos dispuestos para perdición; no dice que Dios los dispuso, sino que ellos por sus pecados se hicieron aptos para ello. Que parece que siempre san Pablo va sacando á Dios de sospecha de apasionado por alguno, y que siempre va cargando la culpa en el que se condena; y por eso lo espera con tan larga paciencia, como para mostralle que hace Dios lo que es de su parte para que el pecador se vuelva y se convierta, se emiende y haga penitencia, y no lo obligue á que ejecute en él el rigor de su justicia. Por esto esperó á Faraon tantos compases, le dió tan de espacio las plagas y los azotes, que comenzaron en junio (según los hebreos) y se acabaron en marzo, que son diez meses, cada mes la suya; y dicen que esto fué porque solo otros diez meses duró el ahogar los egipcios á los niños hebreos; y así, los azotó diez meses, dándoles la pena del talion; y que desde Moisen ninguno fue ahogado después de allí adelante. Y lleva mucho camino, que duró muy poco y murieron pocos, pues tan crecidos y numerosos estaban cuando salieron de Egipto, y iban bien cargados de hijos. Y cuando san Pablo en el lugar de arriba habla de los vasos escogidos con quien usó de misericordia, dice que Dios los dispuso y aparejó, que parece que clarísimamente nos advierte que para salvar y predestinar á los que quiso y á aquellos con quien

le pareció hacer misericordia, no tuvo cuenta con méritos, sino él lo quiso y lo hizo y lo trazó así, sin que el hombre pusiese nada de su parte; mas cuando habla de los malos, no dice que Dios los dispuso ni dedicó para el infierno, sino que ellos por sus pecados y con sus ruines obras se fueron secando y tostando para arder en el fuego. Llama también á los buenos «muestra de las riquezas de la gloria de Dios», y que en ellos la manifiesta, y toma aquí *gloria* por *misericordia*; porque la mayor alabanza de Dios le nace de las misericordias que hace con los miserables de los hombres.

§. XIX.

Todavía queda una manera de escrúpulo acerca de lo dicho, y es, que si el ollero puede hacer de su barro lo que quiere, y mucho mejor Dios de sus criaturas, al fin la olla no es capaz de honra ni le duele el quemarse, ni fué jamás ordenada para otro mas honrado oficio, ni podía servir para otra cosa, y al fin, que se pierda ó se gane importa poco; mas el hombre es capaz de honra, y puede hacerse del lo que Dios quisiere; y si lo quiere para el cielo, es propio para allá; si para que le alabe, hacerlo ha bien; si para que le ame, hállaselo hecho; pues ¿por qué querrá sin mas, echar á perder á este tan noble y tan honrado animal? Que, según san Pablo, parece que quiere los hace ollas para la cocina del infierno, y tras esto, os pone una mordaza en la lengua, con que os quita la licencia de quejaros. A esto digo que no hay por qué desanimarnos por lo que aquí dice san Pablo, que podría ser que el Apóstol hiciese aquí esta consecuencia: Si el vaso, que no es capaz de honra ni de afrenta, no siendo racional, ni es sujeto de deleite ni de pena ó tristeza, pues carece de todo sentido, no se puede quejar que lo haya hecho el ollero vaso para el fuego, ¿de qué manera se podrá quejar el hombre, que tiene el uso del entendimiento y de la razón, y le ha hecho Dios señor de sus acciones y con franco albedrío, y le ha dado los medios para alcanzar la gracia y para con ella salvarse, si pudiendo no quiso usar bien de todo esto que Dios le dió, y por su mera y libre voluntad se condena? ¿Cómo podrá este tal decirle á Dios: «Señor ¿por qué me hecistes para que me condenase?» pues estuvo en su mano el salvarse y no quiso; si ni aun el vaso lo puede decir, con habello hecho determinadamente para el fuego, sin tener libertad para escapar del? De manera que, resumiendo toda la razón, es esta: si el vaso, que, hecho una vez olla, no puede mas hacerse fuente, no se puede quejar del que le hizo, ¿cómo se podrá quejar el hombre, que está en su mano, de vaso de afrenta, hacerse de honra, admitiendo la gracia y llamamientos divinos? Pienso que este sentido y declaración es pegadísima á este lugar y al intento de san Pablo, que no se puede quejar el pecador de que le condenan; pues no lo hizo Dios para que se condenase, sino para que se salvase; sino que él por su culpa se condenó y se hizo vaso de ira.

Y si así no se entendiese este lugar, el Apóstol se contradiría á sí mismo, á lo menos parece que es esto contra lo que dice en la segunda que escribió á su Timoteo: «En una gran casa, dice, no solamente se hacen vasos de plata y oro, mas tambien los hay de barro y de madera, y destes, unos son para honrar la mesa del señor de la casa, otros para que sirvan allá en lugares afrentosos y viles. Pero si alguno se alimpiare de los pecados y vicios que le ensucian y le hacen vaso de afrenta, este tal será vaso de honra, santificado y escogido, y provechoso al Señor, aparejado para toda obra buena.» Hasta aquí dice san Pablo. Si aquí dice que en la gran casa hay vasos de honra y otros de afrenta, síguese que expone ó es lo mismo que aquello que habia dicho á los romanos, que el ollero hace y puede hacer unos y otros vasos. Esta gran casa es el mundo, cuyo poderoso señor es Dios; los vasos son los hombres, que unos son de oro, otros de plata, otros de madera, otros de lodo; que es decir que unos son malos y para el fuego y afrenta, como son los pecadores; los otros para honra, como son los justos. Mas, porque nadie piense que para afrentosos los hizo del primer intento, dice aquí que «puede el vaso sucio hacerse limpio y santo»; porque habló de vasos de razon y libres, como lo son los hombres; lo cual no pueden los de barro. Luego si en manos del vaso está ser escogido, síguese que no lo crió Dios reprobado de primer intento; porque si para eso lo crió, no estaria en su mano el hacerse vaso de honor; y así, si lo condena, es por su culpa y por su final impenitencia. Y á esto pienso que aludió el Señor cuando del mismo san Pablo dijo á Ananías: «Vaso escogido es Saulo para mí.» Primero habia sido «vaso de ira», afrentoso, blasfemo, perseguidor, como lo dice él mismo de sí; después le hicieron «vaso escogido», como lo dijo Cristo. Y así, habló como experimentado cuando dijo, que se podia uno hacer «vaso de honra» de «vaso de ira». La Iglesia ayuda tambien á esto, que en el oficio que canta de la Madalena dice así en un himno:

*Post fluxae carnis scandala
Fit ex lebetis phiala,
In vas translata gloriae,
De base contumeliae.*

Que, vuelto en nuestra lengua, dice así:

Después de la caída
Del miserable cuerpo, fué trocada
En copa aventajada,
De caldera de fuego denegrida,
Y de vaso de afrenta y vil escoria,
La hizo vaso Dios de honor y gloria.

§. XX.

He aquí cómo se puede hacer este trueque, admitiendo un alma el llamamiento y la gracia divina, como lo hizo esta bienaventurada mujer. Luego ¿qué queja os puede quedar, alma, contra vuestro Dios, pues dejó en vuestra mano ser mala ó buena? Es lo que dice

el Sabio, sacando á Dios de culpa: «Dios al principio crió al hombre, y dejóle en las manos de su consejo.» Dióle mandamientos y preceptos suyos, que le ayudasen á ganar el cielo. Si quisierdes guardallos, ellos te guardarán. «Púsete delante el fuego y agua; echa mano de lo que mas quisierdes.» Y declarándose él mismo qué era lo que entendia por agua y fuego, dice: «Delante del hombre está la vida y la muerte, el bien y el mal; desto le darán lo que mas le agradare.» No sé si pudiera decir mas claro lo que pretendemos. Dejó (dice) Dios al hombre en manos de su albedrío, que pudiese hacer de sí lo que quisiese; lo que no hizo con alguno de los otros animales, sino que á cada uno le determinó para lo que habia de ser, sin que pudiese dejar de ser aquello. Dióle mandamientos que guardase, y dice que «si quisiese guardallos, que viviria en ellos»; luego en su voluntad está guardallos, mediante el favor y gracia que le da Dios siempre. Y esto á nadie lo niega; porque «pues sin él no podemos hacer nada» (como dijo Cristo á sus discípulos), si no nos diese el favor para cumplir sus mandamientos, ¿para qué nos los daba y nos mandaba guardallos. Donaire seria que el Rey me mandase dar una batalla, si me quitaba los soldados con que la habia de dar. Dice mas, «que me puso Dios delante la vida y la muerte; que eche yo mano de lo que mas me agradare.» Síguese que en mi mano está vivir ó morir; luego por mi culpa y porque quiero, muero. Y si no, ¿para qué me convida, diciendo: «Si alguno me abriere entraré á él»? Señor, ¿cómo os he de abrir, le podriamos decir, si no está en nuestra mano? «Y para que, dice por san Mateo, si alguno quisiere venir en pos de mí, etc.» y por Isaías: «Convertíos á mí de todo vuestro corazón.» Señor convertime vos; que yo necesariamente sigo por donde vos me guiáis ó lleváis. Así que, si no estuviere en nuestra mano el condenarnos ó salvarnos mediante la gracia divina, por demás era el convidarnos y el llamarnos, y el darnos mandamientos, y ponernos premios si los guardáremos, y castigo si los quebrantáremos.

§. XXI.

Quiero traer un lugar que por ventura no vendrá mal á nuestro propósito. Tratando el Redentor de aquel espantoso y triste día del juicio universal, cuando será la averiguacion de las cuentas del alma y cuando hará capítulo general de culpas al mundo, adonde al de mejores cuentas y al mas valiente le temblará la barba, dice que dirá á los desventurados pecadores: «Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Lucifer y sus ángeles.» Para entender el propósito á que traemos este lugar, es de advertir que esta diferencia (entre otras muchas) hay del ángel al hombre, ora el ángel sea de los buenos, ora de los malos, que llamamos *demonios*; y es, que el demonio no entiende por discursos de silogismos, adivinando y infiriendo unas cosas de otras; esto es, no saca las conclusiones de las premisas, diciendo: «El hombre es animal racional, y veo que Pedro es hombre; luego sin duda Pedro es animal racio-

nal;» sino que, juntamente en viendo una cosa ve todas las razones que él puede conocer en la tal cosa, y después no le queda facultad para conocer otras de nuevo. Y así, dicen los teólogos que el ángel es determinado á una sola cosa. Quiere decir que, si una vez aferra con el bien, jamás lo dejará, ni puede; y si con el mal, lo mismo; porque cuando mira y conoce un bien, juntamente ve todas las razones que él puede alcanzar para amalle ó aborrecelle; y como si le aborrece no puede formar nuevas razones que le muevan á amallo, porque ya vió todas las que pudo, queda imposibilitado para volver atrás de lo que una vez le pareció y escogió. De aquí es que los ángeles buenos que una vez amaron á Dios y escogieron lo bueno, no pudieron desquerello jamás, y quedaron santos; y al contrario, los malos que aferraron con el mal y con el pecado se quedaron siempre con él, y jamás lo dejarán ni se arrepentirán eternamente. De donde se siguen dos cosas: la primera, que no fué menester aguardar muchos actos y á que obrasen muchas obras para dar Dios la gloria á los unos y el infierno á los otros, pues ni los buenos habian de dejar el bien que escogieron, ni los malos el mal que aceptaron; y aquella fué su muerte y su juicio, sin esperallos á la penitencia, que no podian hacer. Síguese, lo segundo, que su pecado no fué reparable; porque, como no podian tener conocimiento de su culpa ni dolor de haber ofendido, no eran capaces de la misericordia divina. Mas desto ya lo decimos largamente en el libro que con el favor de Dios saldrá presto de *Todos santos*. El hombre, que es de una naturaleza mas grosera y no tan pura y tan espejada como los ángeles, va por otro camino; y es que crió Dios al alma encerrada en un mason de barro, empanada en lodo, y crióla (como dijo Aristóteles) «como una tabla rasa», sin pintura alguna de especies de cosas, bozal, sin noticia de criatura alguna. Fué menester que le abriese las ventanas de los sentidos, por donde pudiesen entrar al alma las especies y semejanzas de las cosas que habia de conocer. De aquí le viene que tenga menos noticia de lo que entiende que los ángeles, y que no pueda calar ni penetrar los objetos que se le presentan á los sentidos, sino que ha de ir poco á poco y como haciendo pinitos, como niño que se comienza á soltar; así ha de hacerlos el alma con el entendimiento. Y como no está al cabo de las cosas, y el conocimiento dellas depende y se ha de registrar por los sentidos, entra enterrado y hace mil trampantojos al entendimiento, y muchas veces entiende lo verdadero por lo falso, y ama lo que habia de aborrecer, y al contrario. Y como no puede entender de un golpe las razones que hay en cada cosa para ser amada ó aborrecida, si al principio descubrió algo por donde le pareciese que Pedro era digno de ser amado, andando el tiempo suele descubrir faltas que le persuaden á aborrecelle; y de aquí nace que se mude el hombre, lo cual no es en el conocimiento del ángel. Y por esto se dice del hombre que es volitivo y mudable, y que jamás está en un ser. Y esto quiso decir el Redentor cuando, queriendo volver á Judea á resucitar á Lázaro, le dijeron

sus discípulos: «En verdad, Señor, que nos espantamos de vos; ¿ayer os quisieron apedrear, y agora os volveis allá?» Respondióles el Señor: «Andá, que doce horas hay en el día.» Como si les dijera: «Andá, que el hombre es mudable y puede dar vuelta; y los que ayer me quisieron apedrear, mañana me pueden recibir.» Hé aquí cómo difiere del ángel; y á este propósito dijo Jeremías: «¿Por ventura el que cae no se levantará, ó el que está apartado y foragido no se convertirá?» No pudiera decir esto de los ángeles ni de los demonios, pues caidos una vez, no se levantan jamás. Desta propiedad que habemos dicho de los hombres se siguen tres cosas contrarias á las que dijimos de los demonios. La primera es, que pudo Dios nuestro Señor esperar á mas obras y á ver en el hombre mas experiencias de su pertinacia en el mal ó de su conversion para el bien; y así, no luego le mató en el cuerpo, dado caso que murió luego en el alma. Lo segundo, que su pecado fué reparable, porque pudo conocelle y llorarle y dolerse del, aunque no podia satisfacello. Y así, la caída del hombre fué reparable por Jesucristo, nuestro redentor, y el hombre es sugeto acomodado de misericordia, lo que no es el demonio. Y aun hay alguna tercera cosa que de lo dicho se sigue; que el pecado del hombre no fué de tanta malicia como el del demonio, antes hubo en él mas de ignorancia y pecó de necio. Y David á ignorancia lo echó, diciendo: «Vióse el hombre en zancos y cargado de honra, y no lo entendió.» Y san Pablo dice que Eva fué engañada luego, como ignorante. Y si dice que Adán no fué engañado, quiere decir por ventura que no lo engañó á él la serpiente, pues no fué él el tentado. Mas ya en otra parte tratamos este lugar de espacio; aquí esto basta. El pecado del demonio tuvo mucho de malicia y poco de ignorancia, porque pecó y supo que pecaba y quiso pecar; y aun tiene mas gravedad el pecado del demonio que el del hombre, porque el hombre es imposible apartarse de Dios con tanta fuerza ni tan del todo como el demonio; y es, porque sus obras, ora sean en el mal, ora en el bien, no las puede hacer segun todo el conato y impetu de su virtud, porque el cuerpo, de tierra, grosero, pesado y torpe, le retarda y detiene; así, en lo que obra de bien ó mal no puede aplicar toda la fuerza de su virtud; luego no puede haber en su pecado total malicia, y así tuvo lugar de entrar de por medio la misericordia, y cupo allí con ella su reparo. Mas el demonio, porque es espíritu ajeno de cuerpo, y que no tiene quien le hable á la mano en sus obras ni quien le detenga ni retarde, asienta toda la fuerza de su voluntad en el objeto que aprehende y quiere ó aborrece. Y por esto su pecado fué de suma malicia y cerró la puerta al perdon; no tuvo vez allí la misericordia, y así quedó irreparable. De donde se saca que el mayor enemigo de Dios es el demonio; y por mucho que el hombre lo sea, no lo puede ser tanto en cuanto á esto, ni puede estar tan apartado de Dios ni tan sin remedio; y digo en cuanto á esto de la malicia, porque por otros respetos, como por ser muchos los pecados de un hombre, podria ser que fuese mas

odioso que alguno de los demonios. También nace de aquí la razón por donde no podemos cumplir en esta vida aquel gran mandamiento, que dice Dios que es el primero en dignidad y en obligación, de amar á Dios sobre todas las cosas, con todas nuestras fuerzas y sentidos y potencias; mas cumplirlo hemos en el cielo, adonde el cuerpo no impedirá á la alma, y ella verá claramente el objeto amable sumamente bueno, que es Dios, y lo entenderá como suma y primera verdad.

§. XXII.

Pues de la doctrina que hemos dicho entenderemos agora la sentencia que Dios dice que dará á los malos: «Id, malditos (les dirá), al fuego eterno, que estaba aparejado para el demonio y sus ángeles.» Dice para el demonio, y no para los hombres, porque (como hemos dicho) en el punto que el demonio pecó quedó sin remedio; y así, como aquel de quien no se esperaba emienda, condenóse luego al fuego, y hiciéronse para él aquellas simas y calabozos del infierno, con un fuego hecho á temple de espíritus angélicos y á prueba de almas; por eso dice: «Id al fuego que se aparejó para el demonio.» Mas, como el hombre es mudable y puede arrepentirse, y su pecado no fué de tanta malicia, y podía conocerle y emendarse, y esto era contingente, no dice que aquel fuego lo hizo para los hombres. Y es como si dijera Dios: «Andá, malditos, que yo no hice el fuego para vosotros; que, aunque pecastes, os llamé, os rogué, os esperé, os di medios con que saliédes del pecado, y no quisistes, y escogistes la compañía de los demonios, para cuyo castigo había yo hecho el infierno; pues id adonde escogisteis y tomá lo que ganastes.» Hé aquí cómo deste lugar parece que Dios á nadie crió para que se condenase, sino para que se salvase y gozase de Dios. Pues ¿qué mayor consuelo puede tener un alma que ver que su Dios desea salvarla, y que la crió para gozarle, amarle, servirle y siempre alabarle? Que si algunas hubiera criado de propósito para el infierno, sin ver en ellas deméritos, no dijera bien mi padre san Agustín: «Hicistesnos, Señor, para vos,» si sin causa ni pecados nos reprobara. Y ¿para qué nos daba aquel deseo de volvernos á él? Y ¿de qué nos servía aquella inclinación de unirnos con Dios, si nos hizo para no darnos gloria? Y si por no poner una inclinación supérflua y por demás, como en tal caso lo sería la que tiene el condenado, se la quitamos y decimos que no la tiene; la experiencia nos desmiente, pues todos los hombres, por desalmados, desuella-caras que sean, querrian salvarse y gozar de Dios. Y allende de esto, seguiríase que en el tal la carencia de la vista de Dios no sería pena; porque no tener lo que no apetezco no me da pena. Y pregunto: si Adán no pecara ¿nacieran mas de los predestinados? Dicen que no. Luego, nacer algunos que se condenen, el pecado lo hizo; luego él es al que mira Dios para condenalle.

Y á nadie espante el haber dicho arriba que nuestra reprobación nos viene de nuestros pecados, junto con la voluntad de Dios, que quiere tener misericordia de

unos y no de otros, como se lo dijo á Moises; porque, aunque eso es así, jamás deja de dar todo aquel favor que á cada uno le baste para poderse volver á Dios; y con él y con su voluntad puede hacer lo que Dios le manda y salvarse; porque, á no ser así, ¿cómo le dice á Faraon: «Hasta cuándo quieres no obedecerme y sujetárteme?» Podría responderle: «Señor, ¿cómo queréis que os obedezca pues no está en mi mano?» Luego culpa fué de Faraon, y no de Dios, el ahogarse y condenarse; y vos en vos mismo lo experimentais cada dia, que porque queréis pecais, y veis que haceis mal y que podeis no hacerlo y que está en vuestra mano; y con todo eso, lo queréis hacer y cerrais con ello. Bien es verdad que en esto de llamar Dios y atraellos á sí á los hombres hay alguna diferencia, que á unos trae y llama con mas eficaz llamamiento y fuerza que á otros. A un san Pedro y san Andrés, en diciéndoles una palabra lo dejaron todo y se fueron en pos del Redentor. Lo mismo hicieron san Juan y Santiago, su hermano. Pues ¿qué dirémos de san Mateo, que con un solo mirar le movió y atrajo? Adonde se descubrió bien la gran fuerza del mirar de Cristo cuando de veras y con atención miraba; y pienso que fué una de las mas galanas pruebas que hizo de su divinidad el mirar y convertir con él á san Mateo. Y dado caso que todas las obras de Cristo tenían ojo á mostralle Dios, con todo eso, unas lo descubrian mas que otras. Una de las que mas fué el mirar. Son los ojos la muestra del alma, y son el sobrecrito donde se lee lo que está en el corazón; y como en Cristo el alma era divina, el mirar es celestial y los ojos soberanos. Pues como cuando Dios hizo al hombre lo crió á su imagen, y parece que se estampó como en un espejo, salió con el rostro levantado y mirando á su causa y principio. Pecó y quedó derrocado, y inclinados los ojos á la tierra, imposibilitado de poderlos levantar por sí mismo. «Todos declinaron y se derrocaron,» dice David, y quedaron tullidos, sin fuerzas para levantarse. Y en otra parte dice: «Determináronse los pecadores de derrocar sus ojos en tierra.» Cierta cosa es que si vos os estáis mirando á un espejo y tenéis los ojos bajos, vuestra imagen también los tendrá así; que, aunque vengan ciento y se miren y los levanten, nunca vuestra imagen los levantará si vos no la mirádes y los levantádes; la razón es porque no es imagen de aquellos que la miran; mas si vos los levantaís á miralla, miraros ha ella y levantará á vos los ojos, porque es imagen vuestra. Así ni mas ni menos, muchos habrían mirado á san Mateo, que estaba derrocado en una aduana; mas nunca él los había mirado, ni levantado los ojos del conocimiento para ver su peligroso estado, porque no era imagen de alguno dellos. Mas, en llegando el Hijo de Dios, y levantando los ojos para mirar á san Mateo, luego él los levantó y se levantó, y siguió á Cristo, porque era imagen ó hecho á la imagen de aquel Dios que se encubria debajo de aquel cuerpo humano que se veía. Estos llamamientos de Dios, y el de un san Pablo, que le aguardó en un camino, como quien sale á saltar y á robar, y le derrueca y ciega, y habla y le sube al

cielo y le enseña de su mano; y el de un san Agustín, que le espera y le va dando sogas, y le da un grito en una huerta, donde estaba al tronco de un árbol solo y llorando, y casi de los cabellos lo hace venir á su fe y á su conocimiento, como quien dice: «Habeis de ser mio;» digo que estos tales favores y llamamientos, pocas veces y con pocos lo usa Dios. Son mercedes que su Majestad á nadie las debe y á pocos las hace. Mas, bien basta que con los llamamientos generales y favores ordinarios siempre nos convida y nos ruega, y esto es mucho. De los primeros por ventura se entiende lo que dijo Dios á Moises: «Yo tendré misericordia de quien me pareciere; y de quien no, no la tendré.» Y lo que dice san Pablo: «No es del que quiere ni del que corre, sino de quien Dios tuviere misericordia.» Y no porque no la haga con los otros, como hemos dicho, dándoles el auxilio que les basta, sino porque no es tan especial el favor. Así que, gran consuelo es este que tenemos de que Dios nos da bastante favor y medios para salvarnos, y por eso nos pone preceptos y leyes, para que las guardemos, y premio y castigo, y nos pedirá cuenta de nuestras obras, pues estuvo en nuestra mano el hacellas.

§. XXIII.

Quédanos agora de responder una palabra á lo que preguntamos al principio; que por qué atrae Dios á una Madalena cargada de pecados y á un Mateo cambiador ó trampeador, que todo es uno, y á un Zaqueo publicano, y se deja otros muchos que tendrían menos pecados que estos. A esto respondo lo que dice mi padre san Agustín: ¿Por qué Dios traía á este y no aquel? No lo quieras escudriñar si no lo quieres errar. Veo que dice Cristo en el Evangelio, hablando con los fariseos: «Los que son de Dios oyen la palabra de Dios; mas vosotros no la ois, porque no sois suyos.» Aquí el entendimiento humano se agota y se pierde, y no se sabe dar á manos. Y siendo san Agustín gran averiguador de verdades oscuras y dificultosas, y que á él como á la fuente solemos acudir en lo que no entendemos, para que nos adiestre con el resplandor de su doctrina, veo que si aquí vamos á él, se nos descabulle y desliza de entre las manos, acogiéndose á la predestinación divina. Oyendo dos sermones, el uno se convierte, el otro se condena; ¿por qué? Porque el uno es de Dios, el otro no. Esto es gran verdad, hévndolo á las causas eternas. Mas es Dios causa suprema y remota, de cuyo efeto nos aconseja san Agustín que no lo escudriñemos, que nos perderémos, y que esto es quedarnos en la misma dificultad que antes. Dame la causa próxima y cercana por la cual á este determinó de atraello y á la Madalena de llamarla interiormente y moverla, y que viniese á los piés de Cristo, y de dalle después el cielo, y no á otras pecaderas que vivían en Judea en tiempo de la Madalena. Porque, así como en los niños este alcanza gloria porque por el bautismo renació de agua y de Espíritu Santo, y el otro no, porque murió sin bautismo; así en los adultos habemos de dar causa próxima porque, pues

Dios está siempre prontísimo para convertir estos dos, y esto igualmente, y está inspirándoles á entrambos con su gran misericordia, trae para sí al uno y no al otro. Confieso, sin correrme dello, que no lo entiendo. Bien sé que dicen algunos que no se puede dar otra causa, sino que el uno da cabida y consentimiento á la palabra ó á la inspiración de Dios, y estotro no; y que por esto da á este mayor gracia, porque con mayor conato y con mayor impetu y fuerza de amor se convierte y vuelve á Dios. Bien estaba esto si no se atravesara de por medio la sentencia de Cristo, que dijo á los fariseos que el que es de Dios oye su palabra; para cuya respuesta esto no hace ni deshace. Dice Cristo: «Porque no sois de Dios, no ois la palabra de Dios.» Aquí da el Señor por causa del oír la palabra (que es lo mismo que obedecella y disponerse y dalle cabida) el ser de Dios; de manera que la admitió porque era de Dios; ellos dicen, al revés, que es de Dios ó viene á Dios, ó le atrae Dios (que todo es uno), porque admite su palabra. Hé aquí cómo se queda la misma dificultad. No sé si querrá decir el Señor lo que agora diré: «No ois vosotros mis palabras, porque no sois de Dios;» y el no serlo culpa vuestra es, que por vuestros pecados habeis venido á hacer asiento y callos en la maldad, y á cerrar el corazón á Dios y á su doctrina, de tal suerte, que ya no halla paso su doctrina para vuestras orejas. Que hable aquí de los obstinados y duros en el pecado, y que tienen ojeriza contra la virtud y con Dios y con su doctrina, y que no trate de la predestinación, y que ponga dos maneras de pecados: los unos, que no son del todo malos, que pecan, mas con una manera de miedo y cobardía que se les echa de ver que no pecan desvergonzadamente; es verdad que están enemistados con Dios por el pecado, mas quedan con un enfado y desabrimiento contra él y con una cierta acedia del vicio, que consigo mismos se corren y avergüenzan. Estos tales presto dan la vuelta, no tienen desamor á la virtud ni á Dios; esto es, no tienen odio formado contra ella; mas antes lloran, sospiran, ruegan y desean remedio; y si les hablais, se enternecen y procuran disponerse á salir del pecado. Destos podría ser que entendiese el Señor cuando dice: «El que es de Dios oye su palabra;» y que llame no ser de Dios al otro linaje de pecadores, del todo malos, duros y tercos, que lo son y lo quieren ser, y son del todo contrarios á los primeros. O que hable de los que, siendo buenos en el judaismo, admitían su predicación y se pasaban al Evangelio; y de los que, por ser pecadores, soberbios, avarientos, hipócritas, como lo eran los fariseos, no querían recibir á Cristo ni les agradaba su doctrina; y así, mofaban y burlaban della. Y si nada desto fuere, yo lo dejo á los mayores ingenios, que ellos lo descubran; y confieso que no sé mas de lo que aquí digo, y me alegro y me regocijo en tener tan gran Dios, que sus misterios no quepan en mi entendimiento; y eso es gloria de nuestra ley; y lo que della no entiendo, lo creo y lo adoro y lo reverencio, y cautivo mi entendimiento en la obediencia de la fe. Y si acaso es algo de lo que aquí he dicho, respondo á la cuestión